

EL MARTILLO DEL EVANGELISMO

EL USO DE LA LEY PARA EL EVANGELISMO
EFICAZ

por Kevin Prevost



¿Has tratado alguna vez de meter un clavo con un destornillador o con unos alicates? Seguro que si alguna vez lo has intentado, te habrá resultado bastante frustrante al no poder haberlo hecho bien. Es una manera gráfica de explicar cómo se sienten muchos cristianos cuando testifican de su fe a los perdidos al tener la impresión de no poder llevar a cabo su propósito. En otras palabras, no pueden atornillar ese clavo. Sin embargo, no podemos decir que haya nada malo ni con el destornillador ni con los alicates. Simplemente es que éstos no son las herramientas idóneas para meter el clavo.

Muchos cristianos se frustran con el evangelismo al pensar que no son lo suficientemente listos para poder responder las preguntas de la gente, por lo que creen que el problema es de ellos. Yo he aprendido que cuando se usan las herramientas equivocadas, uno se siente inadecuado y frustrado. Todo cambia cuando se hace uso de un martillo. De esa manera, uno tiene la seguridad de poder llevar a cabo el trabajo.

La ley lleva a las personas a Cristo

La Biblia habla particularmente de una herramienta que conduce a las personas a Cristo. La encontramos en Gálatas 3:24: “De manera que la Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe.” Este pasaje nos dice que la ley es lo que lleva a las personas a Cristo. Un sinónimo de ley es los Diez Mandamientos.

Este concepto nos resulta a casi todos extraño. A la hora de testificar, ¿cuándo te paras a pensar y a preguntarte si has utilizado los 10 mandamientos para tratar de llevar a la persona a Cristo? Para mí también esto era un concepto difícil de entender. No obstante, el Señor comenzó a mostrarme la importancia de hacer uso de la Ley allá por la segunda mitad de los años 80, cuando estaba testificando a cuatro hombres. Al hablar con estos hombres, yo les hablaba en términos de que podíamos tener una relación personal con Dios por medio de Jesucristo, de que Él podía dar un sentido a sus vidas, llenar su vacío y darles la seguridad de que irían al cielo cuando murieran. Esta era la modalidad típica del evangelismo que yo conocía hasta ese momento. Entonces, uno de esos hombres me preguntó: “¿Dios habla contigo alguna vez?” Era una pregunta lógica ya que yo les estaba hablando de tener una relación personal con Jesús. Así que yo le respondí, “Sí, algunas veces”. Los cuatro hombres comenzaron a partirse de risa con la idea de que Dios hablara con un hombre. Después de ese suceso, di por concluido el tiempo de evangelismo por ese día. Al regresar a casa, no me sentía especialmente rechazado o humillado sino más bien frustrado e inadecuado, de la misma manera en la que me había sentido muchas veces antes.

Así que comencé a clamar a Dios en ese momento: “Dios, seguro que hay algo que no estoy haciendo bien”. En ese mismo instante, Él me hizo recordar Juan 16:8: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.” El Señor habló claramente las siguientes palabras a mi corazón: “Si deseas ver al Espíritu Santo obrar cuando testificas, vas a tener que concentrarte en estas tres cosas: el pecado, la justicia y el juicio.”

El Pecado y los Diez Mandamientos

La pregunta que nos podemos hacer es de qué manera el hecho de que el Espíritu Santo convence de pecado, de justicia y de juicio puede combinarse con la Ley para llevar a las personas a Cristo. En Romanos 7:7 se nos dice que el conocimiento del pecado viene a través de la Ley. Romanos 7:13 dice: “Más bien, el pecado, para mostrarse como pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que el pecado, por medio del mandamiento, llegara a ser extremadamente pecaminoso.” Solamente Dios puede ver el pecado como “extremadamente pecaminoso”, y solo el Espíritu Santo puede hacer ver de esa misma manera a un pecador sus pecados. No está en nosotros la capacidad de ver el pecado como “extremadamente pecaminoso”. Para que el Espíritu Santo haga el pecado “extremadamente pecaminoso”, va a tener que hacer uso de la Ley de Dios de alguna manera ya que fuera de las leyes de Dios no hay pecado. Si no vemos el pecado como extremadamente pecaminoso, es muy probable que no nos arrepintamos y que no dejemos de incurrir en ese pecado.

Los bizcochos

Voy a darte un ejemplo de esto mismo. Un padre que era cristiano había fijado ciertas reglas para sus hijos adolescentes. Una de esas reglas es que no podían ver ningún programa en la televisión ni ver ninguna película en el cine que contuviera palabrotas o escenas sexuales. Resultó que llegó el día de la presentación de una nueva película y estos jóvenes acudieron a su padre para preguntarle si podía dejarles ir a verla, añadiendo que la película tenía los mejores efectos especiales, los mejores actores y que incluso probablemente se iba a llevar algún Oscar. Entonces su padre les preguntó: “¿Contiene palabrotas” Ellos respondieron: “Bueno, tiene algunas; pero no es nada demasiado distinto a lo que uno escucha todos los días en el colegio y en el trabajo”. Entonces, su padre les preguntó: “¿Tiene alguna escena de sexo?” Los jóvenes respondieron: “Bueno, tiene una, pero en realidad no se ve nada ya que están tapados con sábanas”. El padre les dijo: “Voy a pensarlo un poco. Mañana a la hora de la comida hablaremos del tema”. Los jóvenes salieron bastante contentos, pensando que probablemente su padre les dejaría ir. Al día siguiente, cuando se sentaron para comer, el padre habló: “He estado pensando sobre la película y he decidido que podéis ir a verla si primero os coméis algunos de los bizcochos que he preparado. Pero os voy a decir algo sobre estos bizcochos antes de que os los comáis. Seguramente son los mejores bizcochos que he hecho en toda mi vida. He comprado los mejores ingredientes: el azúcar, la harina y los huevos de la mejor calidad. He puesto todo mi empeño en hacer estos bizcochos. Pero hay algo que debéis saber antes de que os los comáis, algo muy sencillo, probablemente insignificante: he añadido un poco de caca de perro; pero solamente muy poquito, eh.”

Los jóvenes captaron inmediatamente la relación entre los bizcochos y la película. Como verás, un poquito de caca de perro no es nada insignificante para nosotros. Es algo extremadamente asqueroso (extremadamente pecaminoso). En otras palabras, no nos vamos a comer los bizcochos. De la misma forma, un poquito de pecado debería

ser extremadamente asqueroso (extremadamente pecaminoso) para nosotros, y deberíamos abstenernos de él.

El Pecado y las justificaciones

Si no vemos el pecado como algo extremadamente pecaminoso es muy probable que no nos arrepintamos. Lo único que haremos es justificar ese pecado. Una cosa es segura: donde hay justificaciones, seguro que hay pecado. Estas justificaciones saldrán de tu boca cuando estés implicado en pecados. “Todo el mundo lo hace”. “Lo importante es que nos amamos”. “No es tan malo”. Si no hubiera pecado, no habría necesidad de justificaciones. Podemos justificar nuestro pecado o arrepentirnos de él y acercarnos a Dios. Depende de nosotros. Dios no está por la labor de ver películas tipo bizcocho. Él ni las ve ni seguramente permitirá que nosotros las veamos en el cielo. No deberíamos participar en ninguna cosa en la que Dios no participa.

Arrepentimiento

Hablemos un poco sobre el pecado antes de considerar el uso de la Ley en el evangelismo. Voy a hacerte una pregunta: ¿Dios ofrece Su misericordia a todo el mundo? Dicho de otra manera: ¿Dios perdona a todo el mundo? Por supuesto que no. Dios solo ofrece Su misericordia (Su perdón) a las personas que se arrepienten verdaderamente y que se apartan del pecado. Necesitamos entender esta verdad imperiosamente. A continuación expongo una serie de versículos que muestran esto con claridad:

2 Pedro 3:9: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca sino que todos procedan al arrepentimiento”.

Lucas 13:3: “Os digo: no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”

Hechos 17:30: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan;”

2 Corintios 7:10: “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.”

Preparando el camino al Señor

Echemos un vistazo a la vida de Juan el Bautista. Su ministerio consistió en preparar el camino al Señor. Un “camino” es un sendero o carretera. Juan fue enviado antes de Jesús para preparar un camino por el que iba a caminar y que conducía a un lugar donde Jesús nunca había ido. La pregunta es: ¿Adónde iba el camino por el que Jesús iba a caminar? Iba al corazón de las personas. La siguiente pregunta es: ¿De qué manera Juan preparó este camino para la venida de Jesús? Lo hizo utilizando la Ley. Él dijo: “Arrepentíos, dejad de robar y de codiciar. Herodes, estás viviendo con la esposa de tu hermano, y eso es adulterio”. El Espíritu Santo estaba haciendo el pecado algo extremadamente pecaminoso a las personas cuando Juan utilizaba la Ley y como resultado de ello mucha gente se arrepentía. Sin embargo, no todos lo hacían. Algunas personas justificaban su pecado comparándose con otros. “No soy tan malo como los recaudadores de impuestos o las prostitutas”.

Cuando Dios Padre vio que el camino de arrepentimiento ya había quedado suficientemente preparado por Juan, Él dio a Jesús la señal para comenzar su ministerio. Por eso, cuando Jesús entró en la escena, Juan le presentó como “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Antes de presentar al Señor Jesús a alguna persona, necesitamos preparar el camino de arrepentimiento para que Jesús disponga de algo sobre lo que caminar en dirección al corazón de esa persona.

En resumen, hemos visto que la Ley conduce a las personas a Cristo en la medida en la que el Espíritu Santo nos muestra el pecado como algo extremadamente pecaminoso, preparando de esa manera un camino de arrepentimiento hacia nuestros corazones, un camino por el que Jesús podrá caminar.

El Martillo

Lo primero que tenemos que entender a la hora de utilizar la Ley es que nosotros no somos el martillo. Dicho de otra forma, no trates de convencer a la gente de pecado. Ese es el trabajo del Espíritu Santo. Si tú tratas de convencer a la gente de pecado, te vas a convertir en una especie de martillo: duro, condenatorio, lleno de autojusticia... y todo eso no hará sino acarrearle problemas innecesarios. No está en tu mano el hacer el pecado extremadamente pecaminoso a una persona.

Permite que sea el Espíritu el que lo haga. Nuestro cometido es dar al Espíritu Santo algo que Él puede utilizar cuando nosotros testificamos. Cuando yo estaba testificando a los cuatro hombres que antes mencioné, lo que estaba haciendo era dar al Espíritu Santo destornilladores y alicates: “Podemos tener una relación personal con Dios por medio de Jesucristo, Él puede dar un sentido a nuestras vidas, llenar nuestro vacío, darnos la seguridad de que iremos al cielo cuando muramos.”

Pero lo cierto es que el Espíritu Santo no iba a usar esas cosas. ¿Por qué no? Pues porque no puede hacer el pecado extremadamente pecaminoso con ellas. Lo que necesita es la Ley para hacerlo. Nuestro cometido es sacar la Ley y permitir que Él la use como crea conveniente.

Me gustaría mostrarte la manera en la que he llegado a utilizar la Ley a la hora de testificar contando tres experiencias distintas que he tenido con personas. He escogido estas tres personas para enseñar tres puntos o propósitos de tal manera que veamos a la Ley operar en formas diferentes. El modelo de preguntas que utilizo casi nunca varía, y la primera de ellas, en la que se pide su opinión, ha dado lugar a poder conversar con el 90% de las personas.

Ejemplo n°1: Pedro “el santo”

Kevin: Pedro, me gustaría saber tu opinión sobre algo.

Pedro: Sí, por supuesto.

Kevin: ¿Tú crees que son solo unas cuantas personas las que irán al cielo, o muchas personas?

Pedro: Seguramente solo unos pocos.

Kevin: ¿Qué te hace pensar así?

Pedro: Porque la mayor parte de las personas son malas, etc.

Kevin: Pedro, ¿Tú crees que serás uno de los pocos que irá al cielo?

Pedro: Yo creo que sí.

Kevin: ¿Y por qué?

Pedro: He sido una persona bastante buena, etc.

Kevin: Pedro, cuando muramos, Dios nos va a juzgar en base a Sus leyes. Como tú has dicho, no todo el mundo va a ir al cielo. ¿Tú conoces cuáles son sus leyes?

Pedro: Estarás hablando de los Diez Mandamientos, ¿no?

Kevin: Exactamente. ¿Has obedecido todos esos mandamientos?

Pedro: Pues sí.

Kevin: Probemos con éste: “No robarás”.

Pedro: Pues no. Nunca he robado nada.

Kevin: ¿Ni siquiera algo pequeño?

Pedro: Bueno, quizás algo pequeño... insignificante diría yo.

Kevin: Pero, ¿no era eso robar?

Pedro: Me imagino que sí.

Kevin: Pedro, el día en el que Dios te juzgue en base a este mandamiento, ¿vas a ser inocente o culpable de transgredirlo?

Pedro: Culpable.

Kevin: Veamos este otro mandamiento: “No mentirás”.

Pedro: Tan solo mentiras piadosas.

Kevin: Pedro, el día en el que Dios te juzgue en base a este mandamiento, ¿vas a ser inocente o culpable de transgredirlo?

Pedro: Culpable.

Kevin: Veamos este otro mandamiento: “No cometerás adulterio”.

Pedro: Ese sí que lo he guardado.

Kevin: Jesús dijo que si miras a una mujer y la codicias en tu corazón, es como si ya hubieses cometido adulterio”.

En ese momento una gran convicción embargó a este hombre, quien se quedó con la cabeza baja durante unos instantes. Después me miró y me dijo:

Pedro: ¿Y quién es la persona que va a la playa y no comete adulterio en su corazón? (Nunca subestime el poder del Espíritu Santo para hacer el pecado extremadamente pecaminoso. Sencillamente déle esa oportunidad haciendo uso de los mandamientos de Dios.)

Kevin: El día en el que Dios te juzgue en base a este mandamiento, ¿vas a ser inocente o culpable de transgredirlo?

Pedro: Culpable.

Kevin: Pedro, el día del juicio se aproxima y Dios te va a juzgar de acuerdo a Sus leyes. Y en ese día, vas a resultar culpable como tú mismo has reconocido. ¿Qué les va a ocurrir a los culpables en ese día?

Pedro: Van a ir al infierno.

Kevin: Exactamente, ¿No es eso algo que te preocupe?

Pedro: Pues sí, y mucho.

Nunca he conocido a una persona que esté bajo convicción de pecado y que no esté preocupado por el Día del Juicio. Todas las personas que he visto bajo convicción de pecado saben que la paga del pecado es el infierno.

Kevin: Pedro, Dios te va a juzgar en base a Sus leyes, y como tú las has transgredido, Él se va a ver obligado a enviarte al infierno por la eternidad. Pero antes de que eso ocurra, una persona

persona entra en el tribunal y exclama: “¡Dios, detente! ¡Yo pagaré por el pecado de Pedro! Pedro!” ¿Qué pensarías de alguien así?

Pedro: Nadie podría hacer algo así.

La mayor parte de la gente no sabe quién es esta persona aunque han oído de Él a lo largo de sus vidas. No conocen quién es esa persona ya que nunca han podido ver la seriedad de su pecado hasta ese momento.

Kevin: Pedro, alguien ya lo ha hecho por ti. Se llama Jesús. Él murió por tus pecados y está dispuesto a perdonarte si te apartas de tu pecado y le recibes como tu Señor y Salvador. ¿Te gustaría hacer esto? (Un largo silencio)

Pedro: Yo soy católico y no voy a cambiar. Me tengo que ir. Adiós.

¿Qué es lo que realmente estaba diciendo Pedro en su corazón? En ningún momento mencioné ninguna iglesia o le dije que tenía que ir a una iglesia particular. Él tampoco había mencionado que fuera católico hasta ese momento. Para entender lo que estaba diciendo es importante comprender uno de los efectos de la convicción de pecado. Recuerda que el Espíritu Santo está preparando el camino al Señor, es decir, al Señorío de Jesús. Jesús explicó la salvación de la siguiente manera: “quien quiera salvar (controlar) su vida la perderá, y quien pierda su vida por causa de mí, la salvará”.

Solo el Espíritu Santo puede tocar esa parte profunda de la voluntad y hacer comprender a una persona que tiene que dar su vida a Jesús. Pedro no quiso dejar de transgredir el primer mandamiento: “No tendrás otro dios fuera de mí”. Quería servir a su Dios a su manera. Era él mismo el que decidía lo que estaba bien y lo que estaba mal. No estaba dispuesto a dar el control de su vida a Jesús.

Ejemplo nº2: Linda, la atea

Kevin: Hola, me llamo Kevin y estoy pidiendo la opinión de la gente sobre un tema. ¿Te importaría dar tu opinión?

Linda: Sí. ¿De qué se trata?

Kevin: ¿Tú crees que son solo unas cuantas personas las que irán al cielo, o muchas personas?

Linda: Ah, yo soy atea y no creo en nada de eso.

Kevin: De acuerdo. Pero trata de imaginar que existe un Dios. En ese caso, ¿irían al cielo muchos o pocos?

¿Por qué hablar a alguien que no cree en Dios sobre las leyes de Dios? ¿Tienes que vencerle antes de la existencia de Dios para poder hacer uso de las leyes de Dios? La respuesta es no, y por una sencilla razón. Las leyes de Dios están escritas en la Biblia pero también están escritas en el corazón de las personas. En todo el mundo, las personas se sienten culpables cuando mienten, cuando roban o cuando matan. Así como este martillo funcionará en cualquier país, asimismo la ley de Dios obrará en cualquier cultura y con cualquier tipo de persona.

La Ley está escrita en el corazón, las personas son convencidas de pecado en sus corazones y ellas también creen en su corazón para poder ser salvas. Apunta al corazón. No trates de ganar una batalla intelectual. Ya sea que hable a drogadictos, a profesores

universitarios, a jóvenes o a ancianos, a religiosos o a irreligiosos, nunca cambio la esencia del mensaje ya que la Ley de Dios es la misma en todos los corazones. Cuando testifico, lo que busco es una cosa: la convicción de pecado que pueda conducir a un arrepentimiento, preparando así el camino para el Señorío de Jesús. Quiero animarte a que nunca te dejes intimidar por nadie. Apunta al corazón usando la Ley. Si son convencidos de pecado, todos sus argumentos caerán por su propio peso. He usado el recurso de “supongamos que Dios existe” con al menos 12 ateos y todos ellos se quedaron hablando conmigo al tiempo que comentábamos la Ley.

Linda: Bien, pues yo pienso que son muchos los que irían.

Kevin: ¿Y piensas que tú serías una de esas personas que iría al cielo?

Linda: Yo creo que sí.

Kevin: ¿Y por qué?

Linda: He sido una persona bastante buena durante la mayor parte de mi vida, etc.

Kevin: Linda, cuando muramos, Dios nos va a juzgar en base a Sus leyes. Como tú has dicho, no todo el mundo va a ir al cielo. Él tiene que ser justo. ¿Tú conoces cuáles son Sus leyes?

Linda: Estarás hablando de los Diez Mandamientos y algunas otras cosas.

Kevin: Exactamente, los 10 Mandamientos. ¿Has obedecido todos esos mandamientos?

Linda: Pues sí.

Kevin: Probemos con éste: “No robarás”.

Linda: Pues no. Nunca he robado nada.

Kevin: ¿Ni siquiera un caramelo a tu hermano o a tu hermana cuando eras niña?

Linda: ¿Y cómo sabes tú eso? (Yo no sabía eso. Era un asunto de sentido común).

Kevin: Linda, ¿Vas a resultar inocente o culpable en ese día cuando Dios te juzgue de acuerdo a la ley “No robarás”?

Linda: Culpable.

Kevin: Veamos esta otra ley: “No tomarás el nombre del Señor en vano”.

Linda: No, nunca he hecho eso.

Kevin: Linda, eso probablemente significa usar Su nombre para decir una palabrota.

Linda: Ah, sí. Eso sí lo he hecho muchas veces, pero no estaba enfadada cuando lo he hecho (justificando el pecado).

Kevin: No dice que tengas que estar enfadada, simplemente dice si usas Su nombre como si fuera una palabrota. ¿Serás inocente o culpable cuando Dios te juzgue en base a esta ley?

Linda: Me imagino que culpable.

Kevin: Linda, ¿Y qué hay de esta ley: “No matarás”?

Linda: Por supuesto que no. Nunca he matado a nadie.

Kevin: Jesús dijo que si albergas odio en tu corazón contra alguien y si no has perdonado a alguien, es como si lo mataras en tu corazón, siendo por tanto culpable de transgredir su Ley.

Linda: ¿Y quién no ha hecho eso alguna vez?

Kevin: Linda, tú solo tendrás que dar cuenta de tus propios pecados. ¿Serás culpable o inocente cuando Dios te juzgue en base a esta ley?

Linda: Culpable.

Entonces, ella me calló y me hizo la siguiente pregunta: “¿Tú crees que Dios se desagrada de mí?” Recuerda que esta persona es una atea. Sin embargo, la convicción de pecado iba en aumento conforme iba viéndose transgredir las Leyes de Dios que estaban en su corazón. Nunca subestime el poder del Espíritu Santo para hacer el pecado extremadamente pecaminoso, convenciendo así de pecado.

Kevin: ¿Tú qué piensas?

Linda: Yo creo que sí.

Kevin: Y yo creo que tienes razón. Linda, ¿qué va a acontecer a los culpables en el Día del

Juicio?

Linda: Pues que van a ir al infierno.

Kevin: ¿Y eso no te preocupa?

Linda: Sí que me preocupa.

Después de esto, le narré la misma historia del tribunal con lo que vio claramente su necesidad de dar su vida a Jesús. El Espíritu Santo estaba preparando el camino para el Señorío de Jesús por medio de la Ley y de la convicción, por lo que exclamó: “Esto es muy fuerte”. Es fuerte porque el Espíritu Santo está conduciendo a la persona a un punto en el que sabe que va a tener que rendir su vida a Jesús como su Señor si realmente quiere ser perdonada. Esta chica no estaba preparada en ese momento para orar y dar su vida a Jesús, pero al menos yo le animé para que lo hiciera cuando llegara a su casa.

Ejemplo nº3: Bob “el práctico”

Kevin: Bob, me gustaría saber tu opinión sobre algo.

Bob: Sí, claro.

Kevin: ¿Tú crees que son solo unas cuantas personas las que irán al cielo, o muchas personas?

Bob: Probablemente solo unas cuantas.

Kevin: Ah, ¿Y por qué?

Bob: Pues porque la mayoría de las personas son egoístas, etc.

Kevin: Bob, ¿Tú crees que serás uno de los pocos que irá al cielo?

Bob: Yo creo que sí. Mejor dicho, estoy seguro.

Kevin: ¿Y por qué?

Bob: He sido una persona bastante buena, etc.

Kevin: Bob, cuando muramos, Dios nos va a juzgar en base a Sus leyes. Como tú has dicho, no todo el mundo va a ir al cielo. ¿Tú conoces cuáles son Sus leyes?

Bob: Estarás hablando de los Diez Mandamientos, ¿no?

Kevin: Exactamente. ¿Has obedecido todos esos mandamientos?

Bob: Pues sí.

Kevin: Probemos con éste: “No mentirás”.

Bob: Pues no. Nunca he mentido.

Kevin: ¿Ni siquiera alguna mentira piadosa?

Bob: No, nunca.

Kevin: ¡Guau! No hay muchas personas que puedan decir eso. (Si el Espíritu Santo no les convence de pecado no voy a intentar hacerlo yo. No me corresponde.) En fin, Bob, veamos esta otra ley: “No robarás”.

Bob: Nunca he robado nada.

Kevin: ¿Nunca te has llevado algo pequeño del trabajo, o hecho trampas en algún examen, o nunca has robado un caramelo a algún hermano o hermana cuando eras niño?

Bob: Pues no. Además, yo soy hijo único.

Kevin: Felicidades. La mayoría de las personas han robado al menos cosas pequeñas. ¿Y qué hay de esta ley de Dios: “No cometerás adulterio”?

Bob: No, ya que soy soltero.

Kevin: Bob, Jesús dijo que tan solo con mirar a una mujer y desearla en tu corazón ya has cometido adulterio. Significa cualquier tipo de relación sexual fuera del matrimonio.

Yo sabía que él tenía un hijo ya que me lo había dicho antes. Esta ley alude a cualquier tipo de relación sexual o práctica sexual fuera del matrimonio, pornografía, etc. Cuando hablo a homosexuales utilizo la misma ley.

¿Y qué hay del amor de Dios?

Es posible que pienses: “Kevin, me parece que todo esto es un poco duro”. Ni siquiera les dices que Dios les ama. No necesito decirles eso. ¿Quién mejor podrá entender el amor de Dios que la persona en el tribunal de Dios a punto de verse arrojada al infierno para siempre, cuando de repente Jesús entra y dice: “Yo tomaré su lugar”? No hay manera de entender el amor de Dios por nosotros sin ver nuestro pecado como extremadamente pecaminoso así como sus consecuencias. Esa es la manera principal en la que la Biblia nos habla de Su amor por nosotros. Gálatas 2:20: “...quien me amó y se entregó por mí”.

El don de la convicción de pecado

La convicción de pecado es un don maravilloso que Dios nos da. Sin él, no podemos ver el pecado como algo extremadamente pecaminoso, por lo que seguiremos justificando nuestro pecado sin arrepentirnos de él. La convicción de pecado prepara nuestros corazones para el Señorío de Jesús. La convicción de pecado nos muestra a Jesús como el único camino al cielo. Nunca he visto una persona bajo convicción de pecado que todavía crea en varias maneras de llegar al cielo. Los que no están bajo convicción de pecado creen que hay varios caminos al cielo. La convicción de pecado prepara el corazón solo para Jesús. El Espíritu Santo no prepara el corazón para una iglesia, ni para Buda, ni tampoco para el Jesús de los mormones o de los testigos de Jehová, etc... sino únicamente para el único Jesucristo verdadero.

Justificación por la fe

Recuerde Gálatas 3:24: “De manera que la Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe.” El Espíritu Santo se vale de la Ley para traer convicción de pecado destruyendo así toda nuestra justificación y nuestra propia justicia y nos muestra nuestra culpabilidad delante de Dios haciéndonos ver que no tenemos ninguna esperanza por nuestras buenas obras. Cuando eso ocurre, entonces es cuando podemos ser justificados por la fe. Es entonces cuando vemos a Jesús como Aquel que pagó por nuestro pecado y toda nuestra esperanza la depositamos en Él y en lo que Él hizo por nosotros. Ésta la es la justificación por la fe de la que la Biblia habla.

En resumen:

1. La Ley conduce a las personas a Cristo.
2. El Espíritu Santo se vale de la Ley para hacer el pecado “extremadamente pecaminoso”.
3. El trabajo de convencer de pecado es del Espíritu Santo, no de nosotros.
4. El arrepentimiento es necesario para la salvación.
5. Si no hay convicción de pecado, el camino no está allanado para poder presentar a Jesús a las personas.